



DOCTORADO HONORIS CAUSA
D. BLAS CALZADA Y D. JAIRO PARRA

saladeprensa.usal.es

Discurso de Blas Calzada

Señor Rector Magnífico de la Universidad de Salamanca, doctores, profesores y alumnos de esta venerable Universidad, amigos y familiares, hoy es un feliz día para mí, y aunque no estoy seguro merecer un honor tan grande como el que se me otorga en este acto, lo recibo muy agradecido.

Mis méritos se deben, en todo caso, a mi profesión de economista de la cual se supone que soy un miembro digno del Doctorado de Honor y por tanto alguien que representa en alguna medida, a esa profesión.

En estos últimos años la profesión de economista no está pasando por sus mejores momentos. En realidad hace ya tiempo que se hacen chistes sobre los economistas y su discutible capacidad de prever el futuro, dando por supuesto que ese acierto es lo más útil que se puede esperar de ellos. Como contrapunto, y para remarcar su falta de acierto, se dice que los economistas son especialistas en pronosticar el pasado con todo detalle.

No resisto la tentación de contarles un chiste que, aunque antiguo, explica perfectamente la opinión de los más sofisticados de los detractores.

En un globo viajan unos cuantos pasajeros cuando les sorprende una tormenta que les lleva a un lugar desconocido para ellos. Desde lo alto ven un labriego arando y se deciden a bajar para informarse.

Desde el globo pregunta el piloto: "Buen hombre, ¿puede decirnos dónde estamos?"

"Están ustedes en un globo" contesta el interrogado.

"¡Vaya una respuesta más exacta y más inútil! ¡Parece Usted un economista!"

Incluso en las formulas en latín de la investidura, hay varios doctorados a los que se les atribuye la palabra ciencia, pero a la economía se le atribuye "Artibus".

Efectivamente la economía no es una ciencia de las llamadas exactas, pero espero convencerles de que bien utilizada, es de la mayor importancia para países y personas. Como pueden haber adivinado me refiero a la economía llamada pública y no a los economistas de el "Negotialibus Artibus" como se llama a los economistas de empresa en el latín del ceremonial de investidura de doctor. Ese arte tiene menos detractores, al menos, públicos.

Un economista público se supone que debe conocer muy bien la Teoría económica que es la base científica de su profesión. Efectivamente, durante algún siglo los economistas más insignes han tratado de asimilar la economía a las ciencias más reconocidas y especialmente a la física. Lo que se nota por la selección de la terminología que utilizamos. Como en otras ciencias, la aplicación de matemáticas para explicar y prever los fenómenos económicos se considera el fin último del desarrollo científico, ya que la lógica matemática es irrefutable.

Como es bien sabido se han construido modelos de macro y micro- economía que responden a ese anhelo, pero solo si se cumplen condiciones no demasiado compatibles con la realidad. Dos expresiones latinas informan de esta irrealidad de los supuestos básicos. La primera es la necesaria existencia del “Homo Economicus” que debería ser el actor de todas las decisiones económicas y que es un ser perfectamente informado, de sus preferencias, de todos los mercados y decisiones de los demás y que solo actúa por razones económicas sin ninguna otra motivación. Por otra parte, algunas de las relaciones de causa a efecto se pueden pronosticar si, y solo si, existe un “Coeteribus Paribus”, es decir, si todas las demás acciones económicas no varían, si todo lo demás no se mueve. Por supuesto, ni existe el “Homo economicus”, ni las relaciones económicas se pueden referenciar de manera biunívoca.

Se puso una gran esperanza en la econometría para saber de manera científica las relaciones existentes entre fenómenos económicos. La econometría puso en evidencia que las relaciones no son estables y que la confianza estadística de las funciones así obtenidas era bastante pobre. Lo que ya se había concluido de manera menos matemática.

Afortunadamente si existen relaciones contables de gran importancia entre magnitudes económicas. El total de lo producido en bienes y servicios, el llamado PIB, es igual, con algunos ajustes conocidos, al total de rentas generadas que a su vez son iguales a la suma del consumo más el ahorro. Además el ahorro o se invierte o se destina a ampliar o extraer activos financieros que pueden provenir de periodos anteriores o del dinero creado por las autoridades monetarias. Todas estas igualdades dan lugar a relaciones contables y una cierta seguridad de la existencia de relaciones funcionales no del todo predecibles, entre las magnitudes financieras y las reales. En todo caso las relaciones entre magnitudes financieras han dado lugar a un extenso desarrollo de la ciencia económica en ese campo.

En el último siglo y sobre todo a partir de la Segunda Guerra Mundial, las preocupaciones de los gobiernos por la situación económica han ido en aumento hasta llegar a ser la principal preocupación de los programas de los partidos políticos en los países democráticos, y las principales promesas de los dictadores. Lo prometido en ambos casos es un crecimiento que conduzca a la riqueza, y una seguridad de que el estado se ocupara de los ciudadanos en caso de necesidad.

En el proceso de paso del ahorro a la inversión a través de colocaciones financieras ha habido y hay malentendidos y fraudes derivados de la falta de formación financiera de los ahorradores. La educación en este campo está preocupando de manera creciente a las autoridades y me alegra saber que esta Universidad tiene convenios con la Autonomía de Castilla y León para realizar cursos específicos de enseñanza, de cuyo éxito no tengo la menor duda. Hay que decir que cada vez que se invierte y falla la inversión o es un fraude, no solo se perjudica el afectado sino que parte del ahorro se esteriliza y hay un efecto depresivo en el conjunto de la economía.

Con estos mimbres, que no son pocos, los economistas analizamos la situación de la economía y podemos juzgar su buena situación o deterioro y la adecuación de las políticas económicas. Esta es, al fin y al cabo, la utilidad de la economía como ciencia.

En los últimos años varios historiadores de la economía han calculado el PIB español desde 1850. Siguiendo las cifras de Maluquer, que es el más generoso con los primeros años de la serie, entre 1850 y 1960 el PIB por habitante en euros de 2010 se multiplicó por 2,7 de los que 0,9 se consiguió en la última década de 1950-60. Contra este resultado de 110 años en los siguientes 15 años, entre 1960 y 1975, el PIB se multiplicó por 2,5. Durante los primeros 110 años hubo mejoras tecnológicas de gran consideración que en España no se difundieron por problemas de políticas económicas inadecuadas. Las medidas tomadas en 1959 permitieron incorporar el progreso tecnológico.

Para alcanzar dicho fin se considera imprescindible la intervención del Estado como impulsor del crecimiento y distribuidor de las rentas generadas ya que, en principio y por rara unanimidad, se piensa que sin esa intervención la distribución sería injusta. Las políticas de impuestos, subvenciones y reglamentaciones con este fin, han hecho del estado un actor tan importante en la economía, que ni los empresarios ni los consumidores le pueden hacerle competencia. En los países desarrollados, entorno a la mitad de las rentas generadas pasan por el Estado y dependen de su política económica. Además se le achaca a los gobiernos el crecimiento del PIB o la falta de él, de manera no siempre justa.

La verdad es que el crecimiento de las economías depende de la existencia y difusión del desarrollo tecnológico y su adaptación a las condiciones de la economía del momento, junto con una correcta política económica.

1959 permitió el gran crecimiento de los siguientes quince años, al difundir la productividad en nuestro país a través de la adopción de tecnologías ya existentes. Entre 1975 y 2007 el PIB por persona se volvió a casi duplicar por la misma razón. En cambio perdió un 7% del 2007 hasta 2014 por una política económica desafortunada, como consecuencia de un mal análisis de la situación.

Sin los medios que tendríamos después, y durante las negociaciones del Tratado de Versalles, Keynes que aún no era el santón de la economía que fue luego, analizó la economía alemana y concluyó que era imposible que se pudieran pagar las

indemnizaciones que se pedían; nada menos que 226.000 millones de marcos oro. Así lo defendió y como no le atendieron renunció a su puesto de asesor económico del gobierno inglés y escribió un libro, “Las consecuencias económicas de la paz” para información pública. Como hemos sabido después esa deuda, aun reducida varias veces, tuvo consecuencias políticas y sociales extraordinariamente negativas.

En mi opinión el mundo atraviesa en estos momentos, unas circunstancias que exigirían mejores conocimientos económicos tanto teóricos como de análisis profundo. Tenemos una población mundial con demasiados jóvenes sin trabajo y con unos ancianos que gracias a la mejora de la medicina viven más allá de lo que permiten los ingresos por pensiones, si es que gozan de ellas. Una globalización quizá precipitada, y de la que, en muchas naciones hay grandes grupos que están arrepentidos e intentan una imposible marcha atrás. Un tipo de interés sin riesgo próximo a cero que no es sostenible y que para ello bancos centrales de la mayor importancia están monetizando deuda pública de pago muy difícil. Un avance tecnológico insuficiente y que destruye más puestos de trabajo de los que crea. Una situación de la Unión Europea en la que hay más problemas que nunca. No hace falta ser Keynes para deducir que hay un riesgo no desdeñable de que se deriven consecuencias políticas y sociales no deseables de esta situación.

El general De Gaulle decía en lenguaje militar que hay que seguir un objetivo y “la intendencia seguirá”, es decir, la economía se adaptara a cualquier situación. Eso es absolutamente incierto y lo que es necesario, en realidad es saber con qué medios se cuenta para alcanzar un objetivo, si de verdad se quiere llegar a él. Desgraciadamente hay demasiados partidos políticos que son “gaullistas” en ese sentido.

En esta situación internacional y en la propia de nuestro país, es necesario más que nunca tener la mayor seguridad posible al tomar decisiones, considerar las consecuencias de una política determinada, o de no tomar ninguna resolución cuando hace falta hacerlo, de advertir de los riesgos. Por último y aun más importante, explicar a los ciudadanos la situación, las eventuales medidas a tomar y sus costes sociales y económicos.

En 1929 el gobierno de la Dictadura de Primo de Rivera encargó a una comisión presidida por Flores de Lemus un dictamen sobre la conveniencia de adoptar el patrón oro implantado por Gran Bretaña unos años antes. Después de un análisis magnifico de la economía española la comisión recomendó no adoptar el patrón oro para no añadir rigideces a una economía que tenía demasiadas.

Me gustaría mucho que de modo similar un pequeño grupo de economistas sin ideologías previas y con el apoyo del mundo universitario. Utilizando los datos

obtenidos de las fuentes oficiales, unidos a otras informaciones de estudios de todo el mundo, elaborase un informe sobre la situación actual y los riesgos exteriores e interiores que corre la economía española. Debería seguirse con un trabajo continuo para seguir estudiando novedades, y una labor crítica sobre la política económica de los gobiernos, y las explicaciones pertinentes a los ciudadanos. Debería completarse con una búsqueda constante de informaciones sobre los avances tecnológicos y científicos, susceptibles de convertirse en tecnológicos con el auxilio indispensable del mundo universitario. Todo ello al alcance de empresas y ciudadanos.

La última crisis nos pilló por sorpresa y las autoridades no reaccionaron a tiempo, es una experiencia que no debe repetirse.

Pero el que a mí me parezca oportuna esa iniciativa no quiere decir que se vaya a realizar ese propósito, lo más probable es que no sea así.

Solo me queda reiterar mis agradecimientos a la Universidad en su conjunto y especialmente a mi madrina la Doctora D^a Esther del Brío a quien estaré siempre agradecido, y también a mis amigos y familiares que recibieron con tanta alegría mi nombramiento como doctor "Honoris Causa".

Por último pedir perdón por mi poco brillante prosa, que se compara con mucha desventaja con la de otras investiduras recientes de esta universidad. Pero como es conocido desde hace siglos "Lo que Dios no da, Salamanca no presta". Muchas Gracias